



## Capítulo uno

### En el Bosque de Chapultepec

—Bueno, llegamos —sentenció Felipe al tiempo que detuvo el avance de sus pasos.

Pablo, que venía caminando junto a él, hizo una rápida panorámica rotando de derecha a izquierda la cabeza, y le bastó sólo un segundo para comprender que iba a necesitar mucho más tiempo del pensado para apreciar la infinidad de actividades que bullían en torno a él.

—Sánchez quedó de encontrarnos aquí, junto a la estatua de Tláloc —continuó Felipe y señaló la enorme figura de piedra que se alzaba junto a ellos—. Tláloc, te presento a mi cuate Pablo. Pablo, te presento al dios de la lluvia y la fertilidad, más conocido por todos nosotros como Tláloc —bromeó y se acomodó su gorra de los *Marlins* para impedir que el implacable sol del mediodía lo cegara por completo.

Pablo no pudo sino estremecerse ante la monumental escultura que su compañero acababa de indicarle. De entre las vetas de la misma piedra surgían, allá en lo alto,

prominencias de ojos, una gruesa nariz y una larga y delgada boca; más abajo corrían líneas verticales y horizontales que daban forma a un cuerpo cuadrado y esquemático; remataba la figura algo que al muchacho de oscura mirada se le figuró como una corona triangular, tal vez acentuando así su condición de ser especial y adorado por miles. Cuando imaginó las manos de los artistas que, cientos de años antes, dieron vida a esa impresionante representación de un dios que veneraban, y tal vez temían, por primera vez Pablo tomó real conciencia de que por fin estaba en México, en el Distrito Federal y más específicamente en la enorme explanada exterior del acceso principal al Museo de Antropología.

Recordaba con toda claridad cuando Felipe, su amigo más cercano y compañero de múltiples viajes y aventuras, le platicó allá en Miami sobre la posibilidad de ir a México en las vacaciones de agosto. Felipe, de procedencia mexicana, aunque llevaba en Estados Unidos casi toda una vida, le ofrecía llegar a casa de su tía Raquel, una mujer que describió como encantadora y la mejor cocinera del mundo. Pablo, que había nacido en Puerto Rico pero se mudó a Miami junto a sus padres cuando tenía cinco años, sólo conocía los tacos, los burritos de carne y queso, y algo parecido al mole en restaurantes del *downtown* de Miami que visitaba junto a Felipe, cuando a su compañero lo azotaba la nostalgia por la gastronomía de su país de origen. Por eso, cuando le contó que su tía Raquel preparaba chiles en

nogada que hacían suspirar de felicidad a sus comensales, o cochinita pibil que se deshacía al simple contacto del tenedor, Pablo supo con toda certeza que invertiría parte de sus ahorros en un boleto rumbo al Distrito Federal. De sólo verse en un futuro cercano sentado a la mesa de esa señora que imaginaba de mejillas tan redondas como las de su amigo, flotando en vapores fragantes provenientes desde la cocina, la boca se le llenó de saliva y sin pensarlo dos veces abrió su *laptop*, desplegó una nueva ventana de Firefox y compró el *ticket* de avión con un solo clic de su *mouse*.

Raquel resultó ser una mujer aun más simpática y acogedora de lo que Felipe había dicho. Estaba esperándolos en el aeropuerto con un gran cartel de “Bienvenidos”. Gritó de felicidad al ver a su sobrino casi gringo, como se encargó de decir junto con cada abrazo que le dio, y lo encontró más grande, más adulto, más hombre. Cuando iban ya en el coche rumbo a su casa, les ofreció frutas y galletitas que ella misma horneó la noche anterior.

—Son de cacahuete y chile —aclaró cuando vio al amigo de su sobrino enrojecer de golpe tras el primer mordisco y boquear como un pez fuera del agua en busca de oxígeno fresco que aplacara el ardor de su lengua.

El vehículo ingresó al barrio de Coyoacán. Felipe explicó que ese sector era famoso porque ahí se encontraba la casa donde la pintora Frida Kahlo había vivido gran parte de su vida, y que aún se conservaba como un museo que iba a ser una visita obligada durante su estadía. Pablo

recordaba haber visto en televisión, una madrugada de desvelo, una película donde la actriz Salma Hayek la interpretaba. “Revisar Wikipedia para saber más de Frida Kahlo”, puntualizó en silencio mientras dejaba que sus ojos se perdieran en la sucesión de hermosas fachadas multicolores que se extendían a lo largo de la calle.

—Pablo, ¿has oído hablar de la cultura maya? —preguntó la tía Raquel mientras se estacionaba frente a su residencia.

—Bueno, en *high school* nos enseñaron algo sobre los mayas, los aztecas y los incas —contestó el ojinegro al tiempo que buscaba con toda velocidad en sus archivos mentales alguna información extra que pudiera servirle como respuesta.

—Entonces no pueden dejar de ir a la exposición sobre la cultura maya que se inaugura esta semana en el Museo de Antropología.

—Sí, tía, ya le platicué a Pablo sobre la exposición —acotó Felipe con cierto aire de triunfo—. Y también le conté sobre la máscara de jade, que se va a exponer por primera vez.

—¡Ah, la famosa máscara de jade! —exclamó la mujer al tiempo que pisaba el freno y cortaba el motor del auto—. Dicen que es un objeto tan valioso que ni siquiera tiene precio...

Avanzaron hacia el antejardín de la casa, donde una llamativa buganvilia les dio la bienvenida. Enmarcaba

con su desorden de hojas verdes y pétalos púrpuras un añoso arco de piedra que servía de puerta de ingreso a la residencia.

—Si de verdad les interesa, yo puedo hablar con Laura, mi vecina. Creo que ella tiene un pariente que trabaja en el Museo de Antropología y tal vez él les permita entrar a conocer el sector al que no pueden acceder los visitantes. ¿Les late? —inquirió Raquel.

—¡Órale, eso suena padrísimo! —se entusiasmó Felipe—. ¡Claro que nos late, tía...!

“Buscar en Wikipedia todo lo que pueda sobre las culturas precolombinas. Urgente”, agregó Pablo a su lista mental de pendientes. Por lo visto, no voy a poder despegarme de mi *laptop* durante las dos semanas del viaje, reflexionó algo cansado.

—Muy bien. Le voy a decir a Laura que hable con su pariente para que los reciba allá en el museo.

—¿Y cómo se llama el chavo?

—No lo sé. El apellido de mi vecina es Sánchez. O sea, esperen a alguien de apellido Sánchez —continuó la mujer.

—¿Pero y cómo vamos a saber quién es? —preguntó el gordo.

—Bueno, le diré que te ubique por esa gorra que llevas puesta. ¿A quién se le ocurre andar con un pez espada en la cabeza...? —rio ella de buena gana y, con un amplio gesto de su brazo, los invitó a entrar a la residencia.

\* \* \*

—¿Ves a alguien que pueda ser Sánchez? —preguntó Felipe, sintiendo que el sol traspasaba la tela blanca de su gorra deportiva y comenzaba a calcinarle la cabeza.

Pero Pablo no le contestó: estaba demasiado ocupado recorriendo con la vista la enorme extensión del Bosque de Chapultepec que se desplegaba frente a sus ojos. Una sucesión de coloridos carromatos donde vendían comida, frutas y uno que otro recuerdo del museo se extendía como un largo vagón de tren frente a la explanada donde ellos se encontraban, a la sombra de la estatua de Tláloc.

Más al fondo, en medio de lo que parecía una cancha de futbol de verde pasto, se alzaba un larguísimo mástil de más de veinte metros, que sostenía una estrecha plataforma enrejada en la parte más alta. Antes de que tuviera tiempo de preguntar de qué se trataba, varios hombres vestidos con coloridos trajes blancos, rojos y amarillos treparon por el mástil hacia el extremo superior. Uno de ellos se instaló al centro de la plataforma y extrajo lo que a Pablo le pareció, desde la distancia, una caracola marina. Acto seguido empezó a soplar a través de ella, inundando la atmósfera con un agudo y entrecortado sonido similar al canto de un ave. Al compás de la improvisada música, el resto de los acróbatas se lanzó al vacío como pájaros sincronizados, atados a la estructura metálica sólo por los

pies. Comenzaron a girar en torno al mástil, trenzando en el aire las cuerdas con una habilidad y pericia que sólo demostraba años de arriesgada práctica.

—Te presento a los voladores de Papantla —explicó Felipe con indisimulado orgullo—. ¿A poco no son espectaculares?

“Claro que lo son”, pensó su amigo. “Como todo lo que he visto desde que llegué a este país”, agregó sin abrir la boca.

Junto a varios deportistas que trotaban por los senderos del parque, sumidos en sus iPods para llenar de canciones sus ejercicios, vio también grupos de escolares que descendían de diferentes *buses* y que se agrupaban en torno a sus maestros.

—¡Vamos a entrar al museo en orden, por favor! —vociferaba un profesor intentando calmar la marea de estudiantes—. ¡Hagan una fila, hagan una fila...!

Felipe dio un largo resoplido y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Bueno, si Sánchez no aparece en diez minutos... —comenzó a quejarse, pero dejó en suspenso el resto de la frase, frustrado de que el plan organizado por su tía no hubiese resultado.

De pronto, una voz dulce sonó a sus espaldas:

—¿Tú eres Felipe?

El aludido giró extrañado, ya que la imagen que se había hecho del supuesto pariente de la vecina no guardaba



la más mínima relación con el melodioso tono que acababa de interpelarlo. Junto a él, descubrió a una sonriente muchacha de ojos vivaces y cabellos alborotados por el viento. No debía de tener más de veinticinco años. Cargaba una mochila que le colgaba de un hombro y sostenía varios libros sobre historia precolombina en las manos.

—¡Hola! Te reconocí por ese pez espada que tienes en tu cachucha, tal como me dijeron —sonrió, y dos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas.

—Es la insignia de los Marlins de Miami —se justificó en un tartamudeo.

Pablo vio que hasta las orejas de su amigo enrojecieron, y una sonrisa algo boba curvó las comisuras de su boca. Ésta era una sorpresa que ni él, experto en adelantarse a los acontecimientos simplemente usando el raciocinio como herramienta, había visto venir.

—¿Tú eres Sánchez? —quiso asegurarse Felipe sin dar crédito a lo que veía y comprobando que su tía había cometido un gran error al decirles que esperaran a un hombre.

—Marifer Sánchez, sí. Mucho gusto —se presentó la joven. Y volteándose hacia Pablo, exclamó—: Y tú debes ser el amigo extranjero. ¡Yo nunca he estado en Puerto Rico, y muero de ganas de ir! —agregó con amabilidad.

Luego de unos minutos, Marifer ya les había contado todo sobre ella: estudiaba arqueología en la universidad y su sueño era conocer Egipto. Fantaseaba con recorrer

la gran pirámide de Giza y ser la responsable de una cuadrilla de exploradores que, bajo sus órdenes, descubriera algo que revolucionara a la profesión y que cambiara por completo la historia de los faraones, las momias embalsamadas y sus sepulcros llenos de enigmas. A su corta edad, ya había viajado por casi todo México, visitando centros arqueológicos y perfeccionando sus conocimientos directamente en terreno. Por eso cuando había postulado al museo para cumplir labores de estudiante en prácticas, la aceptaron de inmediato, por su gran cultura y dominio del tema.

—De hecho —dijo mirando a Pablo—, el semestre pasado me enseñaron la historia de los taínos —dijo con orgullo—. Me resultó muy interesante.

—¿Y éstos quiénes son? —preguntó Felipe.

—Así se llamaban los aborígenes que vivían en Puerto Rico antes de la llegada de Cristóbal Colón —respondió ella con total seguridad.

“Tercera nota mental: leer todo lo que pueda sobre los taínos esta misma noche. No puedo quedar como un ignorante de mi propia cultura”, se amenazó a sí mismo el ojinegro ante la posibilidad de hacer el ridículo por su escaso conocimiento en la materia.

Sin hacer siquiera una pausa en la conversación, Marifer les contó que era fanática del cine y trataba de ir a ver una película nueva al menos dos veces a la semana. Sus favoritas eran las películas latinoamericanas, en español,

y más cercanas al arte que al cine comercial, ojalá con una historia algo compleja que fuera necesario dilucidar y desenmarañar.

—¿Te gustan los misterios, como a nosotros? —quiso saber Pablo.

—¡Me encantan! —exclamó ella—. Si les late la idea, puedo llevarlos a la Cineteca Nacional. Queda bastante cerca de donde se están quedando, de hecho. Hoy en la noche dan una película mexicana rarísima de encontrar y que siempre he querido ver. Se llama *El amor infiel*. ¿Han escuchado hablar de ella?

Antes de que la joven hubiera terminado de formular su pregunta, Felipe extrajo del bolsillo su iPhone y abrió una nueva búsqueda de Google. Luego de escribir el nombre de la cinta, encontró apenas un par de *links* que lo llevaron directo a sitios web de fanáticos de la pantalla grande.

—No es mucha la información que hay. Aquí dice que se filmó hace ya muchos años, en 1993 —dijo el muchacho, leyendo la pantalla de su teléfono—. Está protagonizada por Lina Melo y Adela Villa.

—¡Exacto! Lina Melo desapareció hace tiempo, y nunca más se supo de ella. Adela Villa no volvió a trabajar como actriz. Además, por alguna extraña razón, hay muy pocas copias de esa película. Y cada vez que se va a exhibir, algo raro sucede que no permite que se pueda terminar de ver.

—Cuenta con nosotros para ir esta noche a verla —sentenció Pablo, y sus ojos relampaguearon con la posibilidad de descubrir una nueva e inesperada aventura. Por lo visto, todo lo que rodeaba a *El amor infiel* era un misterio, desde su protagonista desaparecida hasta las funciones interrumpidas sin motivo aparente.

“Sherlock acaba de encontrar una razón más para estar feliz de haber venido a México”, se alegró Felipe. Conocía bien a su amigo: estaba seguro de que su mente ya había comenzado a elucubrar todo tipo de teorías en torno al enigma de la película.

—Bueno, y hablando de cosas entretenidas, ustedes llegaron en la semana más emocionante de todo este año. ¡En unos días se abre la muestra más grande de arte maya que este museo haya tenido! Me imagino que no van a faltar a la inauguración.

—¿Necesitamos invitación especial? —quiso saber Felipe.

—Sí, claro. Es un evento muy exclusivo. Pero ustedes serán mis invitados de honor —contestó Marifer dándole un par de coquetas palmaditas en el hombro.

El gordo sintió que sus mejillas se derretían por el súbito calor que experimentaron. Por un breve y maravilloso instante todo lo que lo rodeaba, incluido el Bosque de Chapultepec en su totalidad, la estatua de Tláloc y la monumental fachada de mármol del museo, se diluyó como una acuarela a la que le han puesto más agua de lo